

Maxim Ósipov

Kilómetro 101

Traducción de Ricardo San Vicente

Libros del Asteroide 

Dedicado a la ciudad de N.

En mi tierra

I

Hace ya un año y medio que trabajo como médico en la pequeña ciudad de N., capital de distrito de una región pegada a Moscú. Y ya es hora de hacer balance de mis impresiones.

En primer lugar y lo más espantoso es que entre los pacientes, como también entre los médicos, los sentimientos más habituales son dos: el miedo a la muerte y el poco amor a la vida. No quieren pararse a pensar en su futuro: que todo siga como está. No es una vida, sino un fin de vida. Celebran las fiestas, beben y cantan, pero si los miras a los ojos, no ves ninguna alegría.

Estenosis crítica de aorta; hay que operar. Si no, no tiene sentido quedarse ingresado en el hospital.

¿Y entonces qué hago, morirme?

Así es: la solución es morirse.

No, no quiere morirse, pero tampoco dirigirse a la administración regional para que le autoricen la operación, ni perder el oremus durante el proceso.

«Ya tengo cincuenta y cinco años, ya he vivido lo mío.»

¿Y entonces qué quiere?

«Una invalidez total, eso es lo que quiero.»

No confía en que pueda curarse. Pero, como mínimo, que las medicinas sean gratis.

«Doctor, ¿por lo menos llegaré hasta la pensión?» (Los fracasados no llegan a vivir hasta la edad de jubilación; si llegas, has triunfado en la vida.)

En segundo lugar: el poder se divide entre el dinero y el alcohol, es decir, entre las dos encarnaciones de la nada, del vacío, de la muerte. A muchos les parece que los problemas se pueden resolver con dinero, pero esto casi nunca es verdad. ¿Cómo despertar con su ayuda el interés por la vida, por el amor? Es entonces cuando aparece el alcohol. Un ejemplo: no hace mucho un niño de dos años llamado Fedia cayó desde un primer piso. La madre borracha y su *boyfriend*, es decir, oficialmente su conviviente, recuperaron el cuerpo de Fedia y se encerraron en casa. Por fortuna, los vecinos lo vieron todo y llamaron a la policía. Estos reventaron la puerta y llevaron al niño al hospital. La madre, como corresponde, no paraba de aullar en el pasillo. Rotura del bazo, que será amputado; Fedia salva la vida e incluso él mismo se retira el respirador (los sanitarios no lo vieron, centrados en otra operación) y luego se arranca el catéter de la vena.

En tercer lugar: en casi todas las familias ha habido en un pasado no lejano una serie de muertes violentas. Ahogamientos, explosiones de petardos, homicidios y desapariciones en Moscú. Todo esto crea el trasfondo sobre el que se despliega la vida, en particular, también de nuestra familia. No son raros los casos en que nos encontramos con mujeres que han enterrado a sus dos hijos adultos.

En cuarto lugar: casi no he conocido a personas interesadas en su trabajo, el que fuera, y de ahí esa indolencia e imposibilidad de centrarse en su propio tratamiento. Cuesta aclararse también con todos esos nombres de medicamentos (comerciales, genéricos) y con las dosis: para tomar veinticinco miligramos hay que partir en dos una pastilla de cincuenta, o en cuatro una de cien. Es complicado y da pereza. Hay que pesarse cada día, pero si el peso ha aumentado conviene tomar una dosis doble de diuréticos: empresa imposible. No hay báscula, y la idea de que el aparato se pueda comprar no le entra en la cabeza, y no es una cuestión de dinero. La gente es prácticamente analfabeta: saben construir palabras juntando letras, pero en la práctica esta habilidad no se aplica. La respuesta más habitual cuando les pido que lean mis recetas, impresas en letras grandes, es: «No llevo gafas». Pero si no lleva gafas, eso quiere decir que hoy tampoco se propone leer nada, cosa que nos indica su analfabetismo. Otra prueba: «Han comprendido adónde dirigirse, ¿han comprendido a quién han de referirse, y que tienen que decir que los he mandado yo?». Parece que sí. «Y ¿cómo me llamo?» El paciente, rabioso: «¿Y yo qué sé?».

En quinto lugar: resulta que la amistad es cosa de intelectuales. La gente que llamamos «sencilla» no tiene amigos: nadie, salvo los familiares, me ha preguntado nunca sobre el estado de los enfermos. La ayuda mutua brilla por su ausencia, somos los mayores individualistas que uno se pueda imaginar. Se diría que nuestra nación carece del instinto de autoprotección. Valle de lágrimas: es más sencillo morir que pedirle al vecino que lo lleve a uno a Moscú. No tiene mujer, ¿y los amigos? No los

hay. Tiene un hermano, pero vive en Moscú, no sabe dónde ha apuntado su teléfono.

En sexto lugar: el varón es casi siempre un idiota. Un hombre con insuficiencia cardíaca; si su mujer no lo controla a cada paso, está condenado a morir pronto. Este idiotismo aparece ya en su juventud y luego no hace más que progresar, incluso en el caso de que el hombre se convierta en ingeniero jefe, o en agrónomo, por ejemplo.

La persona que se preocupa por los demás es una rareza y por eso mismo suscita el mayor respeto. Estoy tratando a una de ellas, Alexéi Ivánovich. El hombre ha conseguido que a su mujer le practiquen un trasplante de riñón; ha vendido todo lo que tenían, se ha gastado cuarenta mil dólares. Por lo general, no suele ocurrir lo mismo: Dios me lo ha dado, Dios me lo ha quitado; a lo que seguirán el entierro y el funeral.

Es repugnante la gente «que se ha abierto camino». Hace poco vino una de este género, con un infarto reciente. Gracias a lo que ha robado su marido, se ha construido una enorme casa de piedra al lado del hospital. En mí ve a un igual, o casi, y por eso llega quejándose de que ha sentido sacudidas en el coche, «aunque el coche es bueno, un Volvo», y continúa: «Ahora tengo que mandar al nieto a Chipre, a casa de mi hija. Y le diré que Chipre ya no es lo que era: demasiados maricas». Y así todo el tiempo. Por cierto, el ambiente en el hospital es en general asexual, a diferencia de otras clínicas moscovitas, donde el sexo se respira.

Y una más: aquí no se atiende bien a la gente mayor. Tiene setenta años, ¿qué quiere? Pues lo mismo que le ofrecería a una persona de veinticinco años. Me acordé

de una anciana temblorosa en una tienda. Entre gimo-teos, la pobre escogía trocitos de queso, de mantequilla, de embutido, «con cuidado», como se suele decir, o lo que es lo mismo: los más baratos. Tras la anciana crecía una cola, y la vendedora, una joven mujerona, comentó con el corazón en la mano: «Yo seguro que no llego a esto». La viejita de pronto levantó la cabeza y pronunció con voz firme: «Llegará. Y muy pronto». En Esparta a los impedidos los trataban de manera más racional (y expeditiva). Y ¿qué ha quedado de Esparta, salvo alguna que otra anécdota? Uno tiene la impresión de que economizamos recursos o esfuerzos para dedicarlos a los jóvenes y no es cierto. A un viejo se lo intenta curar, si se trata de alguien «socialmente relevante» (el padre del jefe de la red eléctrica, la madre del subdirector de la Administración).

Las viejecitas son, por lo general, las pacientes más interesantes. No hace mucho, a media noche, le instalé a una de ellas un estimulador cardíaco temporal y al final, cuando todo salió bien, le di un apretón de manos a mi ayudante, y entonces la abuelita, poco antes casi agónica, alargó la mano: «¿Y a mí?». Y apretó con fuerza la mía.

La eterna letanía: «Maxim Alexándrovich, para usted es fácil decirlo». Que en realidad significa: tiene usted suerte, Maxim Alexándrovich, a usted no le cuesta hacer esto o aquello.

El papel de la Iglesia en la vida de los pacientes y del hospital es mínimo. Ni tan siquiera se ven signos externos de devoción, como iconos en las mesillas. Y no obstante, todos están bautizados, todos llevan cruces al cuello, incluida una persona terrible llamada Ulrich.

Ulrich fusiló personalmente a sesenta y ocho personas (a nacionalistas en Ucrania, a bandidos después de la amnistía de 1953, tras la muerte de Stalin, y a otros, como él mismo dijo, «por poca cosa»); chofer, veterinario, curandero y colaborador «voluntario» de los servicios de seguridad (seguramente miente). Lleva un arma reglamentaria, una pistola Stechkin (de nuevo, si no es mentira). Sus golpes son demoledores, de media tonelada, dice. No hace mucho le destrozó a su hijo mayor todos los incisivos. Tiene que haber orden. El orden es imprescindible y al que no lo respete lo pararemos de un puñetazo o, si hace falta, de un balazo. Una pensión pequeña. ¿Cómo es que los del Servicio General de Seguridad no le ayudan? No, lo mío fue voluntario. Da miedo hablar con Ulrich: no vaya a ser que saque su Stechkin. Y su locura (su exmujer se dedica a la magia negra, tiene un despacho en Moscú, echa el mal de ojo y otras prácticas del estilo: el karma, aparatos respiratorios, imanes, etcétera) es la consecuencia de hacer el mal y no al revés. Pero pacientes de este tipo son raros. Se trata por lo general de personas pacíficas.

El idiotismo del poder (el local o el moscovita) ni se discute siquiera, solo se habla de las maneras de burlarlo. Y por esta razón se producen historias que, para narrarlas, se necesita el genio de Petrushévskaya.* He aquí una de ellas: existe una norma según la cual las extremidades amputadas no se pueden destruir (incinerar, por ejemplo), sino que han de enterrarse en un cementerio. Los inconscientes ciudadanos que han per-

* Escritora rusa con gran inclinación a lo trágico y truculento.
(*Todas las notas son del traductor.*)

dido una pierna no se la llevan a casa y por esta razón no hace mucho en la morgue se habían acumulado siete piernas cortadas. Tuvimos que esperar al sepelio de un indigente (enterrado a cuenta del Estado y sin testigos) para colocarlas todas en su tumba.

¿Qué veo de bueno en todo esto? La libertad de ayudar a muchas personas. Hasta en el caso de que la ayuda no sea bien recibida: ofrecerla como posibilidad. La ausencia de obstáculos por parte de los médicos y de la Administración. ¿Que necesitas ingresar en una unidad de cuidados intensivos? Adelante. ¿Que quieres traer de fuera las medicinas y repartirlas? Ningún problema. ¿Que quieres ingresar a un paciente para que su madre alcohólica lo deje en paz? Hazlo. También ayuda la falta de tradiciones. A diferencia de otras ciudades de provincias, N. no vive de sus tradiciones.

Tampoco parece haber xenofobia; aunque hace unos días se tuvo que arrancar de la puerta de una tienda un folleto impreso que decía «Mantengamos N. como una ciudad blanca». Aunque, según mis observaciones, todos los que quieren hacer algo por el hospital son gente de fuera. Es este un lugar muy tolerante, incluso por desgracia hacia cosas del todo intolerables, como el tráfico de heroína, y nada es objeto de condena. Está claro que los moscovitas son unos chorizos, y qué más da.

Se respetan los libros, el saber, las experiencias vitales en el ancho mundo, y no hay muestras de envidia. No importa si un paciente se niega a que lo operen del corazón. ¿A quién le apetece? Además, están las grandes eminencias del lugar, que nos recomendarán que no

hagamos nada. Cada uno de esos casos se percibe como un fracaso médico, como una acción estéril, un fiasco. Por eso hay que colgar los diplomas en las paredes, y, lo más importante, esforzarse, preocuparse, conversar con el paciente y, en general, ir al encuentro de la persona.

En la gente que parece no tener remedio, complace comprobar si no un ansia, al menos una buena disposición a actuar. Y otra cosa: la sensación de continuidad con los sucesos (todos van a parar al mismo hospital): se llega a conocer la evolución de cualquier historia, lo cual te añade más responsabilidad.

Está la alegría del encuentro: hace poco traté a Aleksandra Ivánovna, una mujer delgadita y alegre de noventa años (su padre, sacerdote, murió en un campo de trabajo, la madre murió de hambre, no pudo estudiar, fue educadora en un jardín de infancia). No he encontrado a nadie más próximo a la santidad. Como ocurre con los genios, estas cosas se perciben, pero es imposible transmitirlos. Le digo: tiene usted una enfermedad grave (infarto de miocardio), tendrá que quedarse en el hospital. Y ella me contesta, alegre: ¿la gripe aviar?

Hace unos días recibí desde el más allá un saludo de mi bisabuelo, que falleció justo después de que yo naciera: me fijé en el nombre, hermoso y extraño, de una paciente: Ruth. «Ruth la extranjera», como en la Biblia, le dije, y ella respondió: «Solo un médico se fijó en mi nombre y le gustó mucho por él. Hasta estuve en su casa». Este médico era mi bisabuelo. Después de su encierro en los campos de trabajo, vivió en el kilómetro

101* hasta su muerte, en la ciudad de N. Ahora ya no te mandan desterrado al kilómetro 101; ahora, para instalarte aquí, conviene que te las arregles tú mismo.

También es agradable, claro, la sensación de vivir en tu ciudad, que la gente te salude por la calle. Como se suele decir, feliz el mozo hogaño en el rebaño. Más vale así; mejor esto que ser oveja entre ovejas. Y más aún cuando en cualquier momento puede llegar un joven colega, y después otros más.

De lo dicho queda claro que me siento feliz de trabajar en la ciudad de N.

Abril de 2006

2

Ha pasado un año más de mi vida en provincias. Muchas cosas han cambiado, en gran medida gracias al joven que he citado más arriba, mi joven colega y amigo. Entre los dos nos las arreglamos tan bien que hasta se diría que casi faltan pacientes. En el hospital la mortalidad se ha reducido a la mitad. Cada vez hay más oportunidades de ayudar, nadie coarta nuestra libertad; no nos podemos quejar. Un oligarca anónimo nos ha regalado un espléndido aparato. El trabajo cada vez es más profesional, más cercano al ideal médico, aunque aún muy alejado de este. Desaparece el sentimentalismo (cuando te

* Referencia a la prohibición de vivir dentro de un radio de menos de cien kilómetros de la capital y las grandes ciudades, aplicada a los presos tras cumplir su condena durante la época de la Unión Soviética.

imponen el papel de benefactor y en general de buena persona). Si todo esto no se hubiera producido me habría visto en la obligación de ver la ciudad de N. como un favor de la entropía, como el último refugio del doctor Zhivago: no todo el que abandona Moscú es un Kutúzov.* Por otro lado, la alegría primera del encuentro (con la gente, con la ciudad) había pasado, ya no me llegaban saludos del bisabuelo desde el más allá, la mirada sobre el entorno se tornó más sobria y, por lo mismo, más sombría. Para intentar ampliar mi actividad a las zonas vecinas de N. me vi obligado a citarme con las autoridades locales, regionales y moscovitas. Y eso era algo que, como decía un colega, «no es un plus». A diferencia del mal, que siempre engendra un ciclo de retroalimentación positivo (miedo, falta de aire, un terror aún mayor y así sucesivamente), la actividad racional viene acompañada de dificultades crecientes.

La medicina

La ayuda médica en Rusia es, como antes, muy accesible, pero no muy efectiva. «Me creará —dijo un doctor en voz ni muy alta ni muy baja (como escribe Gógol en «La nariz») — si le digo que yo no curo pensando en mi provecho... Está claro que habría podido pegar su nariz, pero eso sería muchísimo peor. Déjese llevar, mejor, por la acción de la naturaleza. Lávese con mayor asiduidad con agua fría y le aseguro que usted, no teniendo nariz,

* El general Kutúzov abandonó Moscú para defenderse de Napoleón (y finalmente derrotarlo).

estará tan sano como si la tuviera.» Pues así, más o menos, se sigue curando hoy. En cinco años, en Rusia cambian muchas cosas, pero en doscientos, nada. Los médicos y los pacientes, como antes, se asemejan perfectamente los unos a los otros. Y de pronto aparecemos nosotros y allá vamos: uno toma warfarina sin hacerse los análisis de control, solo cuando se encuentra mal, y tiene una hemorragia grave; otro, después de recibir una prótesis de válvula, deja de tomar warfarina y se le produce una tromboembolia de la arteria femoral (se puede decir que ha tenido suerte). La causa en ambos casos es el alcoholismo y la estupidez masculina. Esto, la mayoría de las veces, se produce del modo siguiente: la inmensa mayoría de los varones, cuando se les pregunta por su estado, responde: «Es que me han mandado, ya ve..., al cardiólogo».

El problema principal de nuestra medicina es la falta de médicos de atención primaria. El paciente escucha (si es que escucha) al último a quien va a parar. En la clínica le han diagnosticado una cosa, en la policlínica, otra, y en el hospital regional, una tercera. Pero en Moscú le dicen que se tiene que operar. ¿A quién hacer caso? ¿A quien te ha gustado más, a quien mejor te ha consolado o a quien más te ha cobrado? ¿O a quien tenga más renombre? ¿Cómo puede un profesor (un académico, un gran especialista o un médico reputado) decir tonterías? Recuerdo mi horror cuando siendo niño descubrí que los mayores pueden ser idiotas; muchos de mis pacientes no han hecho este descubrimiento y esto explica por qué se pueden encontrar en situaciones embarazosas.

Tampoco el médico comprende en qué situación se encuentra: o bien es alguien que resuelve problemas o

bien simplemente expresa una opinión. En teoría, el médico de atención primaria es el médico local, pero en lo fundamental sirve para dispensar recetas o bajas médicas, bebe como el que más y desprecia tanto su trabajo como a sí mismo (Chéjov en sus cuadernos de notas considera al médico local un seminarista mentiroso y un bizantino, lo que resulta bastante críptico). El médico de atención primaria hace mucho que ha perdido la costumbre de tomar decisiones (nunca diga «sí» o «no», ni se decida por el «blanco» o el «negro») y trata a los pacientes de este modo: «¿Le duele el corazón cuando anda deprisa? ¿Y qué prisa tiene?». Por extraño que parezca, la pregunta funciona.

No es que falten centros médicos o medicinas, lo que no hay son líneas de tratamiento, ni hay un sistema único de referencia a las fuentes de conocimiento científico, ni existe un sistema de pruebas médicas, como tampoco se percibe la necesidad de este sistema. Claro que se logra ayudar a algún paciente, pero se diría que son aciertos casuales, cuando lo importante es convertir un arte en un oficio; en esto justamente consiste el progreso. De hecho, ¿qué más da lo que ocurra en el país...? No hace mucho en San Petersburgo a una mujer le hicieron un trasplante de pulmón: ¿de esto podemos deducir que en nuestro país se hacen trasplantes de pulmón? En algunos aspectos, la situación es más desesperada que en África ecuatorial: allí donde no hay nada se puede llevar algo: medicinas, aparatos, médicos, y, quién sabe, a lo mejor estos se aclimatan al lugar y algo ocurre... En nuestro país, en cambio, nuestra intrincada legislación cada vez nos protege con mayor efectividad de los cambios a mejor. Cuánto ha de vivir una persona, o de luchar

contra la enfermedad con todos los medios a su alcance, no es algo que decida el propio paciente, sino las autoridades (por ejemplo, el límite oficial de edad para acceder al equipo de neurocirugía está en los setenta años), y luego todos claman: «¿Qué hace el Estado?». Cuando el Estado es la policía, que no entiende ni papa de medicina. Y solo puede valorar sus necesidades por la cantidad de visitas, por la duración de los ingresos en el hospital, por la cantidad de exploraciones de alto valor científico, etcétera. En cualquier caso, antes de la revolución en la provincia de Tula no había más que un escritor. Ahora son tres mil.

«Por lo demás, ¿qué falta hacemos ahora?», me dice una mujer no demasiado mayor pero que ha dejado de tomar los diuréticos que le receté y está toda hinchada. «Se hace falta a usted misma, a los suyos.» Y sacude la mano en gesto de pesimismo: «En cambio, en la época soviética...».

La falta de personal capaz de ser consistente —del tratamiento a los pacientes, de la conversación, de su formación individual— es algo que se percibe no solo en una ciudad de provincias, sino también en un centro regional y en Moscú. No hace mucho un colega y yo estuvimos en dos hospitales regionales de referencia; uno, más pobre, nos gustó bastante: los médicos trabajan sin descanso, están al día de la literatura médica (desgraciadamente, solo en ruso); el otro no nos gustó nada. Ambos hospitales, por cierto, son *judenfrei*, cosa que no es exclusiva de los centros médicos (el hundimiento de la medicina rusa justamente empezó con el «complot de los médicos» perpetrado en los últimos días de Stalin; la emigración en masa y la llegada de las per-

sonas más activas a las empresas farmacéuticas occidentales, todo eso ocurrió más tarde). La doctora Liuba, una hermosa mujer con unas uñas larguísimas («Nosotros somos cardiólogos clínicos», es decir, no sabemos hacer nada), espera que dentro de un año la formen en la ablación de la arritmia mediante cateterismo. El ministro, sin saberlo siquiera, cita a Stalin: «No hay gente imprescindible». Y yo le contesto como puedo y brevemente: «Para nosotros, sí la hay». Lástima que el ministro no se acuerde de otra cita: «Los mandos lo deciden todo». De igual manera yo nunca conseguiré tocar los vales de *Mefisto* aunque me compre un nuevo Steinway, ni Liuba se las arreglará con las arritmias aunque se corte las uñas. Los de arriba no lo entenderán: entonces se lo enseñaremos; la mandaremos a Moscú, si hace falta, a Europa o a Norteamérica. No funcionará. Como escribió Tiútchev, «sobre el hielo no crecerá el laurel». Nadie en Estados Unidos se pondrá a aprender ruso para luego contarle a Liuba lo de la arritmia (Liuba estudió inglés en la escuela). Luego mi colega y yo viajamos por una carretera helada y desierta, aquello era de una belleza rayana en el dolor, mi colega hablaba de genética, o más exactamente de biología molecular, y yo miraba a los lados y pensaba en mi país: ¿qué desgracias nos esperan? ¿Qué desdichas le esperan a la hermosa mujer borracha que se hallaba ociosa en el cruce? Difícil respuesta: pero algunas le esperan. ¿Puede que recobre la razón, que deje de beber y regrese con sus hijos, o que encuentre a una buena persona?